

# La era Bush

El 11 de setiembre reavivó el ánimo de la Guerra Fría. En la "guerra sin fin" que se iniciaba, el mundo requeriría de un líder duro y decidido. Bush se ha propuesto ser ese líder, y su triunfo en las elecciones congresales de noviembre parece afirmarlo en el poder.

José Luis Rénique

La noche del martes 4 de noviembre último, una hasta entonces improbable "era Bush" hizo su sorpresivo ingreso en los anales políticos estadounidenses. Una contundente victoria electoral del Partido Republicano en las elecciones congresales de mitad del periodo presidencial le abrió las puertas a un exclusivo club de mandatarios: Franklin D. Roosevelt, Dwight Eisenhower, ganadores como él de unos comicios que, en la mayoría de los casos, suelen reflejar el deterioro de los dos primeros años. ¿Resultado?: la Casa Blanca, el Senado, la Cámara de Representantes en manos republicanas. De "presidente accidental" a "presidente monumental" en dos años, afirmó el *Financial Times* de Londres recordando los dudosos orígenes de su mandato, aquellas elecciones interminables de dos años atrás con olor a fraude. Tres días después de las últimas elecciones, por si fuera poco, tras varias semanas de tira y afloja, las Naciones Unidas

aprobaron por unanimidad una áspera resolución—muy al gusto de la Casa Blanca—ordenando el desarme iraquí. El martes Bush mostró que lidera a la nación y el viernes que lidera al mundo, declaró, desbordante, un funcionario de la administración<sup>1</sup>.

¿Qué sucedió? ¿Es la afirmación de Bush en la presidencia de los Estados Unidos un irremediable paso en el pantano del—también irremediable—guerrismo unilateral? ¿O, por el contrario, una vez afirmado en el poder Bush optará por un curso menos belicoso?

## De patito feo a cisne

Todo comenzó el 11 de setiembre. En un libro de reciente aparición, Bob Woodward<sup>2</sup>—el autor de *Todos los hombres del Presidente*, aquel célebre *exposé* del escándalo Watergate—presenta la historia "desde dentro" de la transformación de Bush de monigote en líder. En medio del estupor y la indignación—según el relato de Woodward—, el

hasta entonces ninguneado mandatario supo formular un curso de acción que lo conectó con la opinión de la mayoría de sus conciudadanos. "No soy un táctico", dijo a sus asesores de seguridad apenas los tuvo enfrente, exigiéndoles producir a la brevedad posible un plan de respuesta militar. Lo que sí supo—observa Woodward—era que se trataba de una situación nueva, que tenía ante sí un asunto complejo que, al mismo tiempo, requería acción inmediata: ¿cómo podía un superpoder golpear a una red armada medieval convertida en guerrilla *high-tech* por las inescrutables correntadas de la globalización? Sabía también lo que no quería: no más la guerra a la distancia de la "era Clinton".

José Luis Rénique es historiador y profesor universitario en la University of New York.

<sup>1</sup> Fineman, Howard: "How Bush Did It?", en *Newsweek*, 18 de noviembre del 2002, p. 30.

<sup>2</sup> *Bush at War*. New York: Simon & Schuster, 2002.



Una guerra de verdad, un lenguaje nuevo, más bien, sin temer aparecer como un "llanero solitario", porque, eventualmente, en la "guerra sin fin" que se iniciaba el mundo requeriría de un líder duro y decidido.

Como el Pearl Harbor del siglo XXI –aludiendo al sorpresivo ataque japonés a la flota norteamericana en Hawái en 1941– es como desde el primer momento –según le manifestó a Woodward– Bush encaró el golpe del 11 de setiembre. Ajeno a las complejidades de la situación mundial, en las antípodas del refinamiento intelectual de su antecesor, este hombre que en su campaña electoral tenía dificultades para recordar los nombres de países y mandatarios árabes o africanos –y que por ello ha sido objeto de burlas en los programas cómicos más vistos de la televisión estadounidense– se reinventó

como líder mundial, poniendo en juego para ello, más que los sofisticados análisis de los intelectuales demócratas, el instinto imperial que hasta las paredes de la Casa Blanca deben trasuntar. Jamás lee los editoriales de los más influyentes diarios; para noticias televisivas su opción es la jingoísta cadena Fox, y habitualmente inicia con una oración las sesiones de su gabinete de seguridad. No sorprende, entonces, el halo mesiánico de su ultimátum universal –"con nosotros o contra nosotros"– y su definición de un supuesto "eje de la maldad" como su hipotético rival en una aún por definir guerra contra el terrorismo.

Pronto las encuestas de opinión le dieron la razón: el apoyo al Presidente se elevó del 50 por ciento al 90 por ciento entre antes y después del 11 de setiembre. Sus crudas indicacio-

nes –"no quiero gastar un misil de un millón en una carpa de cinco dólares"–se convirtieron, entonces, en las líneas maestras de los planes que sus arquitectos bélicos –Rice, Cheney, Rumsfeld, Powell– desarrollaron en Afganistán. Ni siquiera el no haber capturado a Bin Laden alteraría su imagen de ganador. La guerra había producido un líder.

### Del misil al voto

Su salto en las encuestas durante el trágico 11 de setiembre del 2001 no tenía –según el *Washington Post*– paralelo conocido en la historia política estadounidense. "Tienes entre siete y diez meses antes de que las cosas vuelvan a la normalidad", le dijo al remozado mandatario Karl Rove, su estrategia político principal. A un año de las elecciones de mitad de periodo, la ruta aparecía en extremo complicada. El escándalo de la corporación Enron, la inminente recesión, la debacle de Wall Street, etcétera, abrían espacio para la oposición demócrata que, de otro lado, dada su mayoría en el Congreso, podía trabar el paquete económico republicano basado en recortes de impuestos para los ricos y una contundente negativa al alza del salario mínimo y a otras medidas indeseables desde el punto de vista conservador. La historia de la manera como Bush remontó estos elementos adversos tiene visos de épica política.

Las crónicas periodísticas muestran al ex "patito feo" como un verdadero mariscal de campo jugándose entero en una campa-

## Llamar la atención sobre Hussein como el próximo blanco se convirtió en la mejor fórmula para hacer olvidar a Bin Laden en la visión del desavisado votante promedio estadounidense.

ña que lo llevó por catorce estados en cuatro días, dispuesto a hacer de las elecciones al Congreso y los gobiernos de los estados un plebiscito de su gestión. Logró reunir más fondos de los que su partido hubiese soñado, infundiéndole, con su presencia, un carácter de urgencia a las campañas locales. Irak apareció entonces como el gran tema. Llamar la atención sobre Hussein como el próximo blanco se convirtió en la mejor fórmula para hacer olvidar a Bin Laden en la visión del desavisado votante promedio estadounidense. En tales circunstancias, Powell —con sus advertencias sobre los riesgos del unilateralismo de su jefe— fue puesto de lado en el entorno íntimo del Presidente. "Es un excelente diplomático", le dijo, curiosamente, Bush a Woodward refiriéndose al general victorioso de la Guerra del Golfo.

Los demócratas, mientras tanto, temerosos de enfrentar al adversario en el espinoso tema de la seguridad nacional, lo que los hacía aparecer como poco patriotas, se refugiaron en temas tan marginales como el precio de los medicamentos. Sin

llegar a comprender —como observa Charles Krauthammer<sup>3</sup>— que el tema central de la campaña era, precisamente, la seguridad nacional. Durante los años noventa —anota este columnista— los Estados Unidos habían vivido en una suerte de vacaciones de la historia en que la seguridad perdió relevancia. El 11 de setiembre, sin embargo, reavivó el ánimo de la guerra fría: el sentimiento de que nada puede ser más importante que saber que al timón de la nación hay un líder al que no le tiemble la mano, que entre los polos idealista y pragmático entre los que, históricamente, ha oscilado la política exterior estadounidense, el jefe de Estado opte siempre por el segundo. De esa percepción habría surgido el brillo y la voluntad que llevaron a la victoria del 4 de noviembre último.

### ¿La era de Bush?

Tiempos difíciles los que vienen, observa el influyente columnista del *New York Times* Paul Krugman. Se hará más difícil criticar al Presidente, corriéndose siempre el riesgo de ser acusado de falta de patriotismo. Con su nuevo poder en las manos logrará hacer aprobar, sin contratiempos, su programa conservador. Cuando el péndulo político retorne hacia el polo demócrata, ¿acaso no habrá hecho ya un daño

irreparable?, ¿qué pasará con la estructura tributaria, la salud ambiental, la composición de la Corte Suprema? ¿Será el nuevo Departamento de Seguridad Nacional, cuya creación aprobó el Senado hace pocos días, la base de un Estado policial? Y más a la izquierda, en el pujante movimiento antiguerra, el temor de un *revival* macartista se hace palpable, señalándose como prueba al movimiento encabezado por la esposa del vicepresidente Cheney que alienta a los universitarios de todo el país a informar en su página web sobre los docentes que, en tiempos en que la nación se encuentra amenazada, excuspan a los agresores y abdican de su responsabilidad de cultivar los valores sobre los que se constituyeron los Estados Unidos.

En su rancho, más bien relajado, vistiendo botas y *jeans*, en la última de las varias entrevistas que le concedió a lo largo de los últimos meses, George W. Bush reveló a Bob Woodward su visión personal de la era de la historia que le ha tocado protagonizar. No se trata simplemente de emprender una acción defensiva —dice—; se trata de aprovechar la oportunidad abierta por el 11 de setiembre para lograr grandes objetivos: liberar a Afganistán ha sido uno de ellos; lograr la paz mundial es el mayor de todos. Paz al estilo estadounidense, en todo caso, sobre la base de admitir que, siendo en la práctica imposible garantizar la seguridad de una sociedad abierta frente a los terroristas globales, la única defensa es el ataque. ▲

<sup>3</sup> "It's Terrorism, Stupid", en *Time*, 18 de noviembre del 2002, p. 53; y "The Uses of Political Courage", en *The Washington Post*, 8 de noviembre del 2002, p. A31.